

rio, que era la única que podía darla una sombra de realidad, comprendió con exactitud, que la mas comprometida é ilusoria de las alianzas, seria la liga de la Francia con cinco ó seis pequeñas potencias germánicas, que envolverian sin cesar la política francesa en sus discusiones impotentes entre sí, y con los grandes estados de Alemania, sin poder jamás aprontar una fuerza real y preponderante. Las alianzas solo son dignas entre potencias iguales, y no son útiles mas que con estados importantes. Las demas no son alianzas, sino protecciones onerosas. Mr. de Talleyrand mostró en el desprecio de lo que se llama estados secundarios de Alemania, un golpe de vista superior al vulgo, y el genio reflexivo de un negociador. Su correspondencia con Luis XVIII, durante aquel periodo de su vida, manifiesta la superioridad instintiva y la libertad de su entendimiento.

Todas las cuestiones sometidas al tratado de Viena estaban resueltas. Los soberanos se preparaban á volverse á sus estados y licenciar sus tropas. Las fiestas consumian en Viena los últimos dias del invierno: todo anunciaba al mundo una larga era de paz. Solo Murat temblaba en su trono, y se preparaba en silencio á disputarsele á la Inglaterra, al Austria, y á la casa de Borbon.

## LIBRO QUINCE.

enacimiento de la literatura, de la filosofía, de la historia, de la imprenta.—Madama de Staël.—Mr. de Chateaubriand.—Mr. de Bonald.—Mr. de Fontanes.—Mr. de Maistre.—Mr. de Lamennais.—Mr. Cousin.—Los salones de París.—El gabinete del rey.—Mr. de Talleyrand.—Madama de Staël.—Madama de Duras.—Madama de la Tremouille.—Madama de Broglie.—Madama de Saint-Aulaire.—Madama de Montcalm.—Mr. Casimiro Perier.—Mr. Laffite.—Beranger.—Los periódicos.—La reina Hortensia.—Folleto de Carnot.—Cartas de Fouche.—Relaciones de Luis XVIII y de Barrás.

### I.

Aquella paz, aunque tan reciente, tan cansada de veinte y cinco años de guerra, y tan cargada de problemas desconocidos y que tenían que resolverse por aquella reconciliacion forzada de la revolucion y de la restauracion, comenzaba á reanimar en Francia el pensamiento, el talento y las artes, sofocadas por el largo despotismo, y que renacian con el mismo soplo de la libertad.

Aquella época era el despertar del espíritu humano. En aquella época de la restauracion, muchos hombres de que vamos á hablar, no habian todavía escrito sus obras, ni conquistado su nombradía. No obstante, no nos limitaremos á la historia literaria de aquel momento: la se-

quiere para dilatar el horizonte de aquel renacimiento del pensamiento.

El siglo XVIII había sido interrumpido en sus pensamientos, en sus obras y sus artes, por una catástrofe que dispersó á sus filósofos, sus poetas, sus oradores, y sus escritores. La emigracion, el terror y el cadalso, habían dado la muerte. Andrés Chenier y Roucher, habían caído á los golpes del hacha. Mirabeau había muerto de cansancio en la revolucion, y tal vez de angustia ante las perspectivas que no podían escaparse á su penetracion. Vergniaud había desaparecido en la borrasca, dichoso con librarse del espectáculo del crimen por el martirio de la elocuencia á que aspiraba. Delille había huido lejos de su patria, y cantado á los desterrados en Polonia y en Inglaterra: el abate Raynal había envejecido en el arrepentimiento y en el desaliento de sus esperanzas. Paray había convertido sus amores en cinismo y se había puesto á sueldo de los publicanos. La filosofía y la literatura en Francia á fines del reinado de Napoleon habían sido condenadas al silencio, ó disciplinadas y alineadas como batallones por medio del sable. Habíase estenuado la naturaleza en los hombres á principio del siglo para preparar y completar la revolucion. Completada esta, el pensamiento que la había producido parecía haberse asustado de sí mismo, al ver que sería aniquilado con su alumbramiento.

Bonaparte, que aspiraba á la tiranía y que aborrecía el pensamiento porque es la libertad del alma, se había aprovechado de aquella estenuacion y de aquel cansancio del espíritu humano para ponerle una mordaza ó para enervar la literatura. Solo había favorecido las ciencias matemáticas, porque los números miden, cuentan y no piensan... De las facultades humanas no honrabamos que aquellas de que podía formarse dóciles instrumentos. Los géometras eran sus hombres, los escritores

le hacían temblar. Era el siglo del compás. Únicamente toleraba la literatura lijera y fútil que distraía al pueblo y que incensaba á la tiranía. Hubiera hecho callar por medio de su policía á toda voz cuyo acento varonil hubiera producido vibraciones en una de las cuerdas graves del corazón humano. Permitía las rimas que atruenan los oídos, pero la poesía que exalta el alma, no. Habiendo escrito el jóven Carlos Nodier una oda en las montañas del Jura, que respiraba sentimientos muy elevados para el servilismo de aquel tiempo, se vió obligado á proscribirse antes que sufrir la proscripcion que le esperaba.

Era preciso que la tiranía de Napoleon fuese bien rigurosa para que la vuelta del antiguo régimen pareciese que reanimaba la libertad y el soplo del alma. Así sucedió en efecto. Apenas fué derrocado el Imperio cuando comenzaron á pensar escribir y cantar en Francia. Los Borbones, contemporáneos de la literatura de su país, se gloriaron de volverla á traer con ellos. El régimen constitucional devolvía la palabra á dos tribunas. A pesar de algunas leyes preventivas ó represivas, la libertad de imprenta hizo respirar las letras. Todo cuanto callaba volvió á recobrar la voz. Los ánimos humillados por la compresion, la sociedad hambrienta de ideas, la juventud impaciente de gloria intelectual se vengaban de su largo silencio por un torrente repentino y casi continuo de filosofía, historia, poesía, polémica, memorias, dramas, obras artísticas y de imaginacion. El siglo de Francisco I está lleno de originalidad; el de Luis XIV está lleno de gloria; ni uno ni otro tuvieron mas entusiasmo ni movimiento que los primeros años de la Restauracion. La esclavitud todo lo había acumulado en las almas du-

rante veinte años. Estaban llenas y rebosaban: la historia les debe sus páginas. Aquellas no son únicamente los anales de las guerras ó de las córtes, son especialmente los anales del espíritu humano.

## III.

Durante aquellos años de opresion habian madurado grandes talentos, que volvian á aparecer en toda su libertad y esplendor. Madama de Staël y Mr. de Chateaubriand dividian entre sí ya hacia veinte años la admiracion de la Europa y la persecucion de Napoleon.

Madama de Staël, hija de Mr. Necker, talento precoz alimentado en la tertulia de su padre con la lectura y la conversacion de los oradores, de los filósofos y poetas del siglo XVIII, habia respirado la revolucion en su cuna. Hija de la Helvecia, trasplantada á la córte, su alma y su estilo participaban de aquel doble origen, era republicana de imaginacion y aristócrata de costumbres. Habia en ella algo de Rousseau y de Mirabeau: era pensadora como el uno y oradora como el otro. Su verdadero partido en política era el girondino. De mas talento y de alma mas generosa que madama Roland, era un gran hombre con las pasiones de muger. Pero aquellas pasiones tiernas y fuertes daban á su talento las cualidades de su alma, el acento, el calor y el heroísmo del sentimiento. Napoleon la creyó mas peligrosa á su tiranía que Lafayette, y la desterró muy lejos de Paris. Aquel ostracismo convirtió á su casa, situada á orillas del lago de Ginebra, en la última mansion de la libertad. Las obras de madama de Staël, poéticas unas veces y políticas otras, aunque proscriptas ó mutiladas por la policia, siempre habian dejado transpirar en Francia y en Europa durante el reinado del Imperio, el fuego del corazón, el entusiasmo del espíritu, las aspiraciones de la libertad y

el odio santo al embrutecimiento y á la esclavitud. Aquella muger habia sido la última de las romanas en tiempo de ese César que no se atrevia á herirla, que no habia podido envilecer. Amigos fieles y generosos, tanto hombres como mugeres, se honraban con su amistad: Mateo de Montmorency, madama Recamier, los filósofos alemanes, los poetas de Italia y los hombres de estado liberales de la Inglaterra. Durante los últimos años del reinado de Napoleon, en que su caída acelerada le hacia mas implacable, madama Staël huyó hasta el centro del Norte. Desde allí promovia la insurreccion de las córtes y de los pueblos contra el opresor del espíritu humano. A su caída volvió á presentarse en Paris triunfante sobre las ruinas de su enemigo. El mundo armado la habia vengado sin querer. Deseaba ella que aquella victoria de las naciones contra la conquista fuese tambien la victoria de la libertad contra el despotismo. Madura por los años y por la esperiencia de las cosas humanas, habia perdido la aspereza de las ideas republicanas, que habian fanatizado su juventud en 1791 y 1792. Tenia recuerdos agradables de los Borbones. Esperaba mucho de una restauracion probada como ella por el cadalso y por el destierro, y que conciliaria en rededor del trono las libertades representativas con las tradiciones del sentimiento nacional. Su tertulia en Paris era una de las fuerzas de la restauracion. Su elocuencia convertia á los viejos republicanos, los jóvenes liberales y las almas fluctuantes á un régimen constitucional, á imitacion de la Inglaterra, que devolviese la independenciam á las opiniones, la tribuna á los oradores y el gobierno á la inteligencia. Luis XVIII, con la elevacion de sus ideas, por su gusto literario y por su admiracion hacia ella la consolaba de los desprecios y brutalidades de Napoleon. Trataba á madama de Staël como aliada á su corona, porque representaba al espíritu europeo.

## IV.

Era feliz entonces por su corazón y gloriosa por su talento. Tenía dos hijos. Un varón que no revelaba el talento de su madre, pero que prometía todas las cualidades sólidas y modestas del patriota y del hombre de bien; y una hija que despues casó con el duque de Broglié, que se asemejaba al mas hermoso y puro pensamiento de su madre, encarnada bajo una forma angélica para elevar al cielo la mirada y para representar la sanidad en la hermosura. Apenas todavía en el medio de la vida, con esa juventud renaciente, que renueva la imaginacion esa sávia del amor, madama de Staël, acababa de casarse con el último ídolo de su cariño. Se preparaba á publicar sus *Consideraciones sobre la revolucion*, que habia visto de tan cerca, y la narracion personal y apasionada de sus diez años de destierro, y en fin: un libro sobre el genio de la Alemania, en él que habia derramado, y filtrado gota á gota, todos los tesoros de su alma, de su imaginacion y de su religion, cuyo libro vió simultáneamente la luz pública en Francia y en Inglaterra y llamó la atencion de la Europa. Su estilo, especialmente en este libro, sin perder nada de su juventud ni brillantez, parecia haber adquirido un resplandor mas elevado y eterno, al acercarse al último tercio de la vida y á los altares del pensamiento. Aquel estilo ya no solo pintaba y cantaba sino adoraba. Sus páginas respiraban el incienso de un alma: era Corina convertida en sacerdotisa, y entreviendó desde el borde de la vida al Dios desconocido, en el fondo de los horizontes de la humanidad.

Entonces fué cuando murió en París dejando un gran vacio en el corazón de su siglo. Fué el J. J. Rousseau de las mugeres, pero mas tierna, mas sensata y mas capaz de grandes acciones que el genio de dos sexos, uno para

pensar y otro para amar; fué la mas apasionada de las mugeres y el mas varonil de los escritores en un mismo ser. Nombre que vivirá tanto como la historia y la literatura de su pais.

## V.

Mr. de Chateaubriand era entonces el único hombre que podía contrabalancear la nombradía de aquella muger. Enemigo como ella de Bonaparte, porque hay una guerra natural entre el genio del pensamiento y el de la opresion, la caída de aquel soldado que todo lo ofuscaba permitió que volviesen á aparecer aquellos dos escritores.

Mr. de Chateaubriand, noble breton, que nació en las playas del Océano, mecido con el murmullo de los vientos y de las olas de su patria, y arrojado en seguida por la casualidad de su nacimiento mas bien que por sus opiniones inciertas, á los campos errantes de la emigracion, luego á los bosques de America, y despues á las nieblas de Lóndres, era el *Ossian* francés. Tenía en su imaginacion, el colorido, la inmensidad, los gritos, las quejas y lo infinito. Su nombre era una harpa Eolia, que producía sonidos que encantaban los oídos, conmovian el corazón, y que el entendimiento no puede definir: era el poeta de los instintos mas bien que de las ideas, el recuerdo y el presentimiento de lo indefinible y el murmullo misterioso de los elementos. Aquel hombre habia resonado en todas las almas y conquistado un inmenso imperio no sobre la razon sino sobre la imaginacion de los tiempos.

## VI.

Como todos los grandes talentos, habia nacido de sí mismo. Solo, ocioso y miserable en Lóndres, durante los

últimos años de la República escribió un libro escéptico como su pensamiento y como las ruinas de que el hundimiento de la Iglesia y del trono había cubierto el mundo. Se le había dicho: no es eso; el mundo no quiere ya dudar, porque tiene necesidad de esperar, devolvedle la fé. Joven, melancólico, inclinado á las creencias, indiferente á la naturaleza de las emociones con tal que se le convirtiesen en aplausos y en gloria, despues de haberle conmovido á él mismo, quemó su libro y escribió otro. Esta vez fué el *Genio del cristianismo*. La filosofía había vencido; la revolucion había minado y sacrificado en su nombre: los filósofos eran acusados de todas las calamidades del tiempo. Habían llegado á hacerse impopulares como son malditos de los fieles, los que arruinaron el templo. Mr. de Chateaubriand emprendió la obra de reconstituirle en la imaginacion: quiso ser el *Esdras* de la iglesia destruida y de los adoradores dispersos.

## VII.

Un filósofo piadoso tenía una obra grande y santa que desempeñar con un plan semejante. La filosofía religiosa y luminosa había avanzado de siglo en siglo penetrando rayo por rayo en las sombras de los templos; había hecho palidecer las supersticiones, evaporar los idolos y difundido mas luz, mas razon, y por consiguiente, mas divinidad sobre los altares. Una filosofía impia, cínica, materialista se había mezclado en los últimos tiempos en la obra indicada y la había viciado y pervertido. Remontarse á las fuentes del cristianismo, y purificar los corazones; mostrar á los hombres de nuestro tiempo lo que Dios había mezclado de santidad, de virtud y de eficacia en las doctrinas del cristianismo, lo que la ignorancia, la fuerza, el fraude y la barbarie habían producido de su-

persticioso, de idolatria, de vicios y de corrupcion: dar á Dios lo que era de Dios y á los hombres lo que era de los hombres, al tiempo pasado lo que debía morir con él, y al porvenir lo que debe durar y vivificar el alma humana, haciéndola respirar una idea mas pura de la divinidad é impregnando los cultos, la legislacion, la política y todas las obras sociales de una mas perfecta santidad; era la obra de una grande razon, de una grande imaginacion, removiendo con mano respetuosa, pero libre, las ruinas del santuario antiguo para levantar el nuevo santuario. Mr. de Chateaubriand estaba dotado de una razon bastante ilustrada para esta empresa y de un grande genio para llevarla á cabo. El cristianismo hubiera tenido su Montesquieu con la poesia ademas.

## VIII.

En vez de esta obra, Mr. de Chateaubriand había hecho en su libro, como Ovidio, los *Fastos de la religion*. Había exhumado no el genio, sino la mitologia y el ceremonial del cristianismo. Había cantado sin eleccion y sin critica sus dogmas y sus supersticiones, su fé y sus credulidades, sus virtudes y sus vicios. Había hecho el poema de todas las vulgaridades antiguas y de todas sus instituciones envejecidas y decaidas, desde la dominacion política de las conciencias por la espada, hasta las riquezas y poderio de la iglesia; desde las aberraciones del ascetismo monacal, hasta sus ignorancias beatificadas; y hasta los engañosos prodigios populares inventados por el celo y perpetuados por la rutina del clero rural para reducir la imaginacion en lugar de santificar el espíritu de los pueblos. Mr. de Chateaubriand lo había divinizado todo. Su libro era el relicario de la credulidad humana.

## IX.

Habíatenido el mas feliz acierto, mediando dobles razones para el buen éxito; en el escritor por su genio y en la opinion por sus tendencias. La revolucion habia trastornado y desorientado todo el espíritu humano. Los temblores de tierra producen el vértigo: viendo el pueblo hundirse al mismo tiempo el trono, la sociedad y los altares, creyó llegado el fin de los tiempos. El hierro y el fuego habian destruido los templos, la impiedad habia perseguido la fé, el hacha habia herido á los sacerdotes, la conciencia y la oracion se habian visto obligadas á ocultarse como los crimenes; el Dios doméstico habia llegado á ser un secreto entre el padre, la madre y los hijos; la persecucion habia escitado la compasion del pueblo hácia el sacerdocio, la sangre habia santificado á los mártires, las ruinas de los templos cubrian el sol y parecian acusar á la tierra de ateismo. El mundo estaba ademas triste como despues de las grandes conmociones. Una inquieta melancolía habia sobrecogido las imaginaciones; buscábase el oráculo que señalara al género humano su porvenir. Mr. de Chateaubriand mostró el altar antiguo y la religion de la cuna; recordó la oracion de rodillas delante de la madre, los ancianos sacerdotes encanecidos en la proscripcion, aparecidos y errantes sobre las tumbas de los antepasados volviendo á traer de las chozas el Dios desterrado; el sonido de la campana, el himno de alabanza, el misterio, la esperanza el consuelo y el perdon. El corazon estaba de su parte. Aceptóse por profeta del porvenir al poeta que bordaba de tantas flores sagradas humedecidas con santas lágrimas la mortaja del pasado. Jamás la poesia habia logrado una conversion semejante de los corazones por la magia de la imaginacion y por la elegancia del sentimiento. Aquel

libro admiró, al mundo como una voz salida del sepulcro. Se admiró se tuvo en la memoria; se oró con fervor, se derramó llanto, ya nose discutió mas: la Francia habia sido profundamente convencida. Desde aquel dia Mr. de Chateaubriand llegó á ser el hombre necesario de todas las restauraciones. Habia restaurado el cristianismo y á Dios en las almas; ¿cómo no habia de restaurar la monarquía y á los reyes en su palacio? Querido á la iglesia que él habia rejuvenecido con sus lágrimas, querido á la aristocracia cuya proscripcion habia santificado, querido á las mugeres por la ternura de sus poemas en que, la religion no luchaba con el amor mas que para divinizar la pasion, y querido en fin á la juventud, que percibia por primera vez en esta poseia, notas en las cuales Dios y la naturaleza resonaban como nuevas cuerdas añadidas al instrumento lírico del corazon del hombre; reinó su nombre sobre el santuario, sobre el hogar doméstico, sobre la cuna de los niños, sobre la tumba de los padres, sobre el presbiterio del lugarcillo, sobre el castillo de la aldea, sobre el lecho de los esposos y sobre el sueño del jóven. La poesia se habia perdido en el ateismo: él la encontró en Dios. La poesia será una de las potestades reales de este mundo; mientras que la imaginacion sea una mitad de la naturaleza humana.

## X.

Mr. de Chateaubriand habia vuelto á entrar libremente en Francia para publicar allí su libro. Bonaparte, que era tambien el poeta del pasado en accion, queria una mano bastante rica de colorido para dorarle las instituciones y los perjuicios que habia fundado su poder. Su genio vasto pero no creador, no era otra cosa que el genio mismo de las restauraciones. Aspiraba á restable-

cer en sí á Carlo-Magno, el creador de un tiempo al fin de otro tiempo, el décimo siglo al fin del siglo XVIII. Se engañaba en la fecha y quería que el espíritu humano se colocara ocho siglos antes. Mr. de Chateaubriand y Bonaparte se convenían mutuamente; su idea era una misma. Mr. de Chateaubriand era el Napoleón de la literatura.

## XI.

El escritor no resistió las primeras gracias del conquistador; fué nombrado secretario de embajada en Roma, capital del catolicismo restaurado, donde un tío de Bonaparte el cardenal Fesch, se hallaba de embajador. Este empleo subalterno no satisfizo por largo tiempo al hombre de genio que reinaba por el talento sobre su patria: rompió por mezquinas quejas con el embajador, sencillo y de escaso talento. Napoleón desconfiaba de toda grandeza natural que no ensalzase la suya. Afectó tratar á Mr. de Chateaubriand como un hombre inferior, y le nombró ministro plenipotenciario en *Sion*, pequeña villa del Valais perdida en un valle de los Alpes. Demostraba á un mismo tiempo favor é ironía en una misión semejante y en la residencia que se señalaba á aquel hombre. Era otro Ovidio entre los sármatas; puede muy bien creerse que Mr. de Chateaubriand se resintió con tal nombramiento.

El asesinato del duque de Enghien que produjo la indignación de la Europa en aquella época, le suministró una noble venganza. Envió la renuncia de sus funciones de ministro plenipotenciario á Napoleón. Era este acto una declaración de guerra del honor contra el crimen. Aquella dimisión nada tenía de injuriosa mas que la fecha. Todavía Mr. de Chateaubriand siguió desde aquel día haciendo paso á la fortuna de Bonaparte. A pesar de

todo, no le rehusó algunas frases de adulación en la época de su elección para la Academia Francesa, como un preliminar de la reconciliación. El emperador respiró el incienso pero separó la mano que se le dispensaba. Distruido por la guerra, olvidó al grande escritor que á su lado parecía el árbitro esclusivo en las letras. Mr. de Fontanes, su amigo y uno de los familiares del emperador le escudaba contra toda persecución real. Gracias á este intermediario los dos grandes rivales en celebridad podían aun volver á unir sus respectivas fortunas. Los síntomas de la decadencia de Napoleón, hecha mas inevitable por el exceso mismo de su tiranía, sorprendiendo y haciendo impresión á Mr. de Chateaubriand, preparó en silencio la última arma con que quería herirle en la ocasión oportuna. Era el libelo titulado: *De Bonaparte y de los Borbones*. Le llevó por espacio de muchos meses como un puñal oculto entre el forro de su vestido. Aquel libelo, una vez descubierto, hubiera podido ser su sentencia de muerte. Era mas que una conjuración, era un ultraje. Aquel libro poderoso pero odioso, pues que calumniaba al hombre hiriendo al tirano, habia elevado á Mr. de Chateaubriand al rango de los favoritos mas acreditados de la Restauración. Habia llegado á ser el hombre consular de todos los partidos realistas. Sostenía por medio del periodismo aquello que mas convenia á su dominación, ya el realismo implacable, ya el liberalismo mas acariciador, unas veces el antiguo régimen sin contrapeso, y otras una capciosa conciliación, sirviéndole de eco el *Diario de los Debates* y el *Conservador*, de escuela la juventud aristocrática, de móvil la ambición y la personalidad, alguna vez vencido y alguna otra vencedor, pero seguro siempre de volver á encontrar el favor del público, afectando la persecución y apelando á su genio.

## XII.

Mr. de Bonald, talento bien inferior, pero carácter bien superior á Mr. Chateaubriand, disfrutaba por entonces de un nombre igual; pero su popularidad misteriosa no traspasaba los límites de una escuela y de una secta. Era el legislador religioso del pasado, encerrado en el santuario del tiempo.

Mr. de Bonald, era la mas noble figura que el antiguo régimen podia presentar al nuevo. Hidalgo de provincia, cristiano de fé, patriota de corazón, realista por convicción, borbonés honrado y fiel, habia reivindicado su parte de proscripción y de indignidad durante la emigración. Habia andado errante por los campos y pueblos del extranjero con su muger y sus hijos, alimentados con su trabajo. Habia estudiado la historia, las costumbres, las religiones, las revoluciones de los pueblos en sus catástrofes mismas ocurridas á su vista. Como Arquímedes habia escrito y calculado en medio del asalto de los hombres y del incendio europeo. Su religion era sincera y sumisa, como á un orden recibido de lo alto y no discutido. Prestaba toda su filosofia á los libros santos: creía en la revelación política como en la revelación cristiana. Se remontaba siempre de escalon en escalon hasta el oráculo primitivo, Dios. Su teocracia no admitia ni la duda ni la rebeldía; pero como en todas las fées sinceras y cordiales, no tenia cabida en él ni el esceso, ni la violencia. Era indulgente y dulce como los hombres que creen haber llegado á descubrir de un modo cierto é infalible la verdad. Se acomodaba á los tiempos, á las costumbres, y á las circunstancias, pero nunca con la autoridad. Había en su carácter toda la moderación posible; hubiera sido el ministro mas sábio de una restauración prudente, paciente, y mesurada. Poseía el

conocimiento de su opinión, y la costumbre de meditar y de escribir le habian dado el don de la palabra. Tenía mucha elevación y mucha serenidad para ser orador parlamentario ú orador popular; mas bien que hablar, pensaba en la tribuna. Sus libros y sus opiniones escritas, formaban un dogma en el partido monárquico y religioso. Su estilo sencillo, meditado y fluido, era la imagen de su espíritu. La inteligencia honrada y candorosa, encontraba en él un suavísimo y dulce recreo, que inclinaba á combatir las propias convicciones, cuando la buena fé hacia reconocer el error poniendo de manifiesto la verdad. Era, pues, la confianza del hombre de bien.

## XIII.

Mr. de Fontanes, era reputado despues de la muerte del abate Delille, como el poeta que habia sobrevivido á la escuela antigua del siglo XVII. Su nombre gozaba de una inmensa autoridad encubierta en el misterio. Se hablaba de continuo de poemas que jamás publicó. Mr. de Chateaubriand, su protegido en la época en que necesitaba de protector, su amigo despues, sentía hacia Mr. de Fontanes la admiración que rehusaba á la multitud de poetas de su tiempo. No se conocian de él mas que algunos fragmentos elegantes, puros, didácticos, sin originalidad, sin calor, pero correctos; era, pues, un talento que desarmaba á la crítica, pero que ni apasionaba ni producía entusiasmo. Mr. de Fontanes, sobresalía en esa elocuencia de grande aparato que Napoleon le hacia desplegar en las grandes ceremonias de su reinado, como la pompa del Imperio. Había sido el orador de corte, y el poeta monárquico desde el Consulado hasta la Restauración. Habíase precipitado en el nuevo reinado con mas conato y actividad, que conveniencia. Poeta para



los políticos, político para los poetas, elevado por el favor de dos reinados á las mas altas dignidades del gobierno, gozaba de una consideracion presente, y de una gloria futura, envuelta en su prestigio, inviolable para la crítica, agradable á la corte, acariciado por los hombres de Estado, presentando de tiempo en tiempo á las academias y á los hombres de letras sus versos como una deferencia y su talento como un favor.

## XIV.

La filosofía del siglo XVIII no tenia mas que viejos y escasos adeptos que habian sobrevivido á la revolucion. La filosofía católica estaba representada por dos hombres de un genio poderoso, y de un estilo sublime. Aunque de diferente edad y de distinta patria, aparecian juntos al mismo tiempo sobre el horizonte del nuevo siglo.

El uno, el conde José de Maistre, era un noble saboyano, emigrado como Mr. de Bonald, que habia pasado en Rusia los largos años de la revolucion. Era ya bastante avanzado en edad cuando la caída de Napoleon le restituyó su patria. Volvió á ella con las mismas ideas que profesaba veinte años antes. Los trastornos de la Europa, que él habia contemplado desde el fondo tranquilo de su retiro, no le parecian sino la venganza del cielo, y la merecida espiacion del abandono de las doctrinas antiguas por el espíritu moderno. No discutía como Mr. Bonald, ni cantaba como Mr. de Chateaubriand, profetizaba con los cabellos encanecidos, con la autoridad y la rudeza de un hombre que llevaba la luz y los rayos de Dios. Su rica y fuerte naturaleza le habia pre-dispuesto maravillosamente para este papel, ó por mejor decir, para que obrara en consecuencia de lo que podia

en él considerarse como una fé viva. Creía firmemente cuanto decia. Era un hombre de la Biblia mas que del Evangelio: tenia las audaces imágenes, los relámpagos y prolongados estremecimientos de los oráculos de Jehovah. No retrocedía ante ninguna paradoja, ni aun ante el verdugo y la hoguera. Quería que la autoridad de Dios sobre los espíritus estuviese armada como la de los tronos sobre los hombres. Obligar para salvar, cortar para sanar, é imponer, en fin, la tiranía de la fé por los lietros y la espada, hé aqui la doctrina que se atrevía á presentar á un mundo enervado por el escepticismo y que habia llegado á ser tolerante, al menos por la incertidumbre en la verdad. El escándalo de este reto de un filósofo absoluto al género humano, atrajo la atención pública hácia sus obras. El género particular de su estilo hizo que las leyesen aun aquellos mismos que le reprobaban. Aquel estilo desprovisto de todas las galas afeminadas del último siglo, tenia la temeridad, la grandeza y hermosura salvaje de un elemento primitivo: recordaba los *Ensayos de Montaigne*. Pero era un *Montaigne* ébrio de fé en lugar de perplegidad y de duda, conociendo poco las cosas de su tiempo y encontrando en esta misma ignorancia la sencillez de su dogma y la violencia de su convicción. Las *Tardes de San Petersburgo*, primer libro de este Platon de los Alpes admiraban á los hombres de letras y calmaban á los hombres de fé. Nadie imaginaba entonces que una secta religiosa se apoderaría de las atrevidas doctrinas del conde José de Maistre, hombre tan dulce y tan tolerante como terribles eran sus imágenes, y que haría de su libro el código de una doctrina de terror.

## XV.

El otro, Mr. de Lamennais, era un jóven sacerdote desconocido hasta entonces en el mundo, nacido en la

Bretaña, que fué creciendo en la soledad y en las ilusiones, lanzado por el disgusto de las pasiones, y por la fuerza de la persuasión al pie de los altares mismos donde había creído encontrar la fé y la paz. No había encontrado realmente ni lo uno ni lo otro, y su vida debía ser en adelante la larga peregrinación de su alma en mil otros cultos de ideas. Pero entonces era ardiente, implacable, y su celo le devoraba bajo la forma de su genio. Aquel genio recordaba á la vez á Bossuet y á Juan Jacobo Rousseau. Lógico como el uno, pensador como el otro, mas florido y mas punzante que los dos. Su *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religion* era uno de los mas elocuentes llamamientos que pudo salir del templo para convocar á la juventud, por la razon y por el sentimiento. Ibanse desuniendo aquellas páginas como si hubieran caído del cielo sobre un siglo desorientado y sin vida. Mr. de Lamennais era entonces mas que un escritor, el jóven apóstol que rejuvenecía una fé.

## XVI.

Otra escuela filosófica se agitaba al lado de la de los filósofos sagrados: era la del moderno platonismo, de esa revelación por la naturaleza y por la razon, que Juan Jacobo Rousseau, Bernardino de Saint-Pierre, Ballanche, Jouffroy, Keratry, Royer Collard, Aimé Martin, discípulo piadoso, continuador de los *Estudios sobre la naturaleza*, habían sustituido poco á poco á aquel materialismo compañero del ateísmo, crimen, vergüenza y desesperación del espíritu humano. Los filósofos alemanes y escoceses, la habían elevado en alas de la imaginación del Norte hasta la altura de la contemplación y del misterio. Un jóven nutrido y como apasionado por aquellas revelaciones naturales, orador y escritor políti-

co, comenzaba á revelarlas á la juventud; era Mr. Cousin. Con una elocuencia grave, mística, confidencial y á media voz como los secretos del otro mundo, atraía en su derredor los espíritus ávidos de creer despues de tanto dudar. Su palabra prometía siempre; era por decirlo así, el eterno crepúsculo de una eminente verdad. Esperábase sin cesar verla brotar mas visible y mas completa de sus discursos ó de sus páginas. La imaginación concluía lo que la filosofía había solo bosquejado. Un concurso parecido al que en otro tiempo rodeaba á *Abelardo*, inundaba los pórticos de las escuelas. No se salía iluminado pero sí entusiasmado. El filósofo no había desenvuelto los misterios que solo Dios revela alternativamente á la inteligencia piadosa de la humanidad, pero había cumplido el único fin de la filosofía sobre la tierra, había elevado el alma de la generación y hecho volver sus miradas á Dios. Estábase ya bien lejos del cinismo y del embrutecimiento de las ideas del Imperio.

## XVII.

La historia es la política retrasada de las naciones en reposo, y comenzaba grandes obras: Mr. Agustín Thierry, aquel benedictino homérico, creaba en la historia una restauración. Hacia revivir en los relatos llenos de erudición y atractivos como el arte, las costumbres y las figuras de nuestras primeras razas; los orígenes, las leyendas y la emancipación del tercer estado. Mr. de Segur, refería en estilo épico la campaña de Napoleón en Rusia, y aquella sepultura de setecientos mil hombres en la nieve; Mr. Thiers los anales de la revolución francesa, en que su clara inteligencia ponía de manifiesto la luz de los hechos; Mr. Guizot las consideraciones dogmáticas que ajustaban los acontecimientos á las teorías; Mr. Mi-

chaud, las cruzadas, esa epopeya del fanatismo cristiano; Mr. de Baraute, crónicas que rejuvenecían la Francia en la sencillez de sus primitivas edades; Mr. Michelet las primeras páginas de sus relatos, llenos entonces de la credulidad candorosa de la juventud; Mr. Daru, la grandeza y la caída de Venecia; Lacretelle, todo el siglo XVIII, al cual había asistido, moderado y puro.

## XVIII.

El Imperio que había impuesto el silencio ó la baja-za á los escritores, dejaba no obstante un gran número de hombres eminentes ó notables en los diversos órdenes de la literatura. El viejo Ducis vivía aun: volvía á traer á los Borbones la fidelidad de sus antiguos recuerdos que habían sobrevivido á su republicanismo. Inflexible á los favores del Imperio, aceptaba los de Luis XVIII, su primer patrono. Raynouard, amigo de Mr. Lainé, alma desinteresada, corazón libre y voz independiente, añadía tragedias severas á su bella tragedia de *Los Templarios*. Chenier, constante en la inconstancia general, protestaba en versos enérgicos por la filosofía y por la libertad. Habíasele acusado de haber asesinado á su hermano durante el terror; lavaba en sus lágrimas de indignación semejante calumnia á su ternura. Lemercier, espíritu bizarro, asociado á un corazón noble y recto había conservado tanto su fidelidad á la República que jamás se prosternó ante el Imperio. Briffault después de haber ensayado la escena francesa con dramas vaciados en el molde Voltaire, renunciaba por la ligera gloria de los salones á los austeros trabajos del trágico, y esparcía como Boufflés su espíritu y su gracia al viento. Casimiro Delavigne cantaba en estrofas latinas y griegas los reveses de la patria en las *Messenienes* y los preludios de su vida de

poeta. Hugo, niño aun, balbuceaba ya estrofas que hacían enmudecer á las viejas cuerdas de la poesía de tradición. Soumet, tierno como Andrés Chenier en la elegía, y armonioso como Racine en la epopeya, fluctuaba entre las dos escuelas. Millevoye modulaba un canto divino en sus labios. Vigny meditaba las obras de recogimiento y de originalidad y que recuerdan un alma solitaria. Sainte Beuve conversaba en términos escasos de expresión pero tiernos con los amigos de su juventud á quienes había de criticar más tarde. Andrieux, Guiraud, Etienne, Duval, Parseval Grandmaison, Viennet, Esme-nard, Saint Victor, Campenon, Baour-Lormian, Michaud, Pougerville, Julio Lefèvre, Emilio Deschamps, Berchoux, Carlos Nodier, Senancourt, Javier de Maistre, el hermano del filósofo Montlosier, Genoude, Mr. de Frayssinoux predicador, Teletz, madama Dufrenoy, madama Desbordes Valmore, madama Cottin, madama Tastu, madama de Genlis, la señorita Delphine Gay, y después madama Girardin, cuyo talento debía ilustrar dos nombres, y varios otros cuya memoria se perdía ó comenzaba á figurar en el siglo, asistían á la declinación del Imperio y á la aurora de la Restauración. La naturaleza que parecía haberse esterilizado, distraída con la revolución, la guerra y el despotismo, volvió á mostrarse más productiva que nunca. Era la vegetación de una nueva savia por largo tiempo comprimida, el renacimiento del pensamiento bajo todas las formas del arte moderno. Una nueva era de la poesía, de la política y de la religión debía refugiarse en aquel hogar donde la paz y la libertad habían reavivado el calor. Reconociase á la Francia en el momento que había sido vencida por el frenesí de la ambición de su jefe, volvía á tomar el cetro de la inteligencia cultivada y de la opinión en el mundo.

## XIX.

La vuelta de la familia de los Borbones y de una aristocracia que habia siempre patrocinado, honrado y cultivado las letras, contribuyó poderosamente á aquel movimiento de la inteligencia. La sociedad francesa volvía á formarse con los miembros de ella que habian sido dispersados en los salones de París. Aquella sociedad es al espíritu humano lo que el calor es á los cuerpos animados. La conversacion es en Francia, como era en Atenas, una parte del genio del pueblo. Las catástrofes de la revolución, las proscripciones y los destierros, por otra parte las guerras sin término, la dispersion de la aristocracia francesa al extranjero, á las provincias ó á los castillos, y en fin, la policía inquisitorial del sombrío despotismo, la habia muerto ó por lo menos amortiguado despues de veinte años. Las desgracias públicas eran el solo objeto de la pública atencion en los últimos años del Imperio. La conversacion se reanimó con la Restauracion, con la corte, con la nobleza, con el descanso y con la libertad. El régimen constitucional que suministraba continua materia á la controversia de los partidos, la seguridad de las opiniones, la animacion y la licencia para discutir, la novedad misma de aquel régimen político que permitia pensar y emitir con entera libertad las ideas en un pais que acababa de sufrir diez años de silencio, aceleraba mas que en ninguna otra época de nuestra historia aquel torrente de ideas y aquel murmullo regulador y viviente de la sociedad de París. Tenia su morada principal en los ricos cuarteles del arrabal de San German y de la carretera de Antin.

## XX.

El primer centro de aquella sociedad renovada era el gabinete mismo del rey. Luis XVIII habia vivido familiarmente antes de la emigracion con los escritores graves ó festivos de su juventud. Los largos ocios de la emigracion, la vida sedentaria y estudiosa á que la enfermedad de sus piernas le condenaba, habian aumentado en él el gusto á la conversacion y á las conferencias. Es el placer de todos aquellos que imposibilitados de salir á buscar fuera el movimiento de las ideas, se esfuerzan por retenerle en derredor de sí. La naturaleza le habia dotado y la lectura le habia enriquecido con todas las dotes necesarias para la conversacion, ya naturales en su familia. De tan claro talento, que ningun hombre de Estado ni versado en las letras, Mr. de Talleyrand mismo, tan afamado por su ciencia y por su firmeza, le sobrepujaba, ni tampoco los políticos en elocuencia, los poetas en citas ni los eruditos en memoria. Complacíase sobremanera en dar todas las mañanas audiencias prolongadas é íntimas á los hombres mas eminentes de sus consejos, de sus academias, de sus cuerpos políticos, de su diplomacia y á los extranjeros notables que llegaban á Francia. Las mugeres ilustres y celebradas eran asimismo admitidas y buscadas. De este modo gozaba del trono. Descendía de él para parecer mas grande, á todas las familiaridades de la conversacion. Tenia una complacencia en admirar y hacerse agradable á sus interlocutores; reinaba por el atractivo; se sentía y hacia conocer al hombre de talento por la excelencia de su dominacion. Era su cetro personal á él, y no le hubiera cambiado por el de su nacimiento. Su bella presencia, su mirada penetrante, el sonido de su voz grave y modulado, su gesto franco y afable, su dignidad respetuosa para consigo y

para con los demas, el interés mismo que inspiraba por su enfermedad prematura, aquella necesidad en fin de un brazo siempre pronto á auxiliarle para efectuar cualquier movimiento, la fortuna de poder conferenciar con él y observar durante la conversacion los bellos rasgos de su carácter; todo en fin producía en el alma de los hombres admitidos en su presencia, un sentimiento de respeto hácia el príncipe, y de sincera admiracion hácia el hombre. El talento y la naturalidad habian subido al trono y descendían de él con el hombre eminente que le ocupaba. Durante los recibimientos oficiales de la tarde observaba con cada uno la mas oportuna conducta. Su presencia de ánimo era igual á su talento. Representaba esactamente la antigua dignidad real en un pueblo nuevo; procuraba confundir dos épocas y lo conseguía, parecía querer tanto al hombre de la nueva Francia como al rey de la Francia antigua; hacia olvidar la elevacion de su rango con su talento y elevacion de ánimo.

## XXI.

Mr. de Talleyrand asociaba consigo á los diplomáticos, á los hombres eminentes de la Revolucion y del Imperio, atraídos por él al nuevo reinado, los oradores y escritores jóvenes cuya voluntad queria captarse. Como todos los hombres superiores á aquello que forma su ocupacion, consagraba largos ocios al placer, al juego y á la conversacion. Amaba y cuidaba de las letras en medio del tumulto de los negocios. Ninguno como él presentía el genio hasta en los hombres oscurecidos é ignorados. Aquel gran ministro á quien se suponía sin mas tiempo que el necesario para el despacho de los negocios de la corte y de la administracion, trataba de todo, hasta de las mas grandes cosas con negligencia, dejaba mu-

cho al acaso, que siempre trabaja, y pasaba noches enteras leyendo á un poeta, escuchando un artículo ó conversando con personas de uno y otro sexo ociosas pero de talento. Tenia un exacto golpe de vista para los hombres y para las cosas, y era distraído y cuidadoso al mismo tiempo; de conversacion concisa, pero perfecta. Sus ideas, si así puede decirse, se desprendían gota á gota de sus labios, pero cada palabra encerraba un gran pensamiento. Generalmente se le ha atribuido grande inclinacion á los epigramas y chistes de que él carecía. Su conversacion no tenia ni la malignidad ni la licencia que el vulgo se complacia en atribuirle: era por el contrario comedido, abandonado en su lenguaje, natural, un poco tardo de expresion, pero sumamente preciso. Tenia sobrado talento para necesitar afectarle. Sus palabras por lo comun algo escasas y oscuras, contenían sin embargo multitud de reflexiones de gran peso.

## XXII.

Madama de Staël, atraía alrededor de sí á todos los hombres que habian vuelto de la emigracion sin el horror de 1789 y la antipatia contra el nombre de su padre. Su sociedad se componía de algunos republicanos puros y constantes de la Gironda ó de Clichy, de los restos del partido constitucional de la Asamblea constituyente; de los nuevos realistas, y de los oradores, poetas, escritores y periodistas de todas las épocas. Era su casa el centro de todas las opiniones y de todos los talentos combinados y amalgamados en su salon por la bondad de su alma y por su genio tolerante. Ella daba estimacion á todo porque lo comprendía todo. Era tambien universalmente apreciada, porque sus opiniones nunca habian sido sino efecto del entusiasmo, y aquel entusiasmo era la tempe-